

### Luna en Cara,

por Eduín Peris

Cantan alondras arco iris en el bosque templado de Loma del Río. La luz recorta la montaña de un valle fluvial rico en pesca, agricultura y ganadería. En las calles y plazas de esta villa de Cara, los mercaderes levantan sus paradas. Ofrecen espejos y arcones, animales de carne y leche, aperos de labranza, manuales, gallinazos, sacos de qíahnoa<sup>1</sup>. El mercado deviene un espacio de intercambio entre paisanos, vecinos y foráneos. Sitio de trueque por excelencia, incluso de ideas. Agua y tierra.

Nada más ingresar, humores y colores salpicaron alegría en los once años de esta intrépida chica de Cruz. Y qué decir de tantos rostros distraídos, de carestres<sup>2</sup> que acuden de buena mañanita en busca de tejidos, de utensilios de cocina o de guerra. Encuentro tempranero y social de las gentes en este lado de Qíahn, donde siempre hay luz y es de día.

— *Distinto a los bazares crucianos<sup>3</sup> de Goblinville<sup>4</sup>. Los de Canto, ¡uf!*

A pesar del riesgo y, en contra del impedimento de otros jóvenes de su comunidad, para la aventurera supone una oportunidad que le permite enriquecerse de la actividad en Cara y regresar con víveres. De tanto en cuando, salvo en jornadas de lluvia o granizo, conviene cruzar al anverso del planeta con forma de moneda... la vida cruciana es difícil, entre tinieblas e imprevisible.

Al despuntar los primeros pío pío, Luna pasa desapercibida bajo el arco de entrada de ebanistas y armadores y, a un ritmo discreto, entre la guardia de alguaciles se cuela en el mercado.

Elige jugar; Luna elige Vida. Ahora, sus manos enfundadas en guantes deshilachados, hacen malabarismos con una mandarina del tenderete de fruta y verdura. Los pequeños y alargados dedos tomaron la más anaranjada del tiesto y, *zas*, con dos, con cuatro y, *zas*, hasta con ocho mandarinas. Aplausos. Le devuelve siete de las ocho piezas al frutero entretenido y reverencia a la verdulera, que asiente detrás de su puesto. Hasta la próxima.

— *Mañanita cálida y nublada, ¡qué buen día!*

---

<sup>1</sup> Variante de la quinoa del planeta Tierra.

<sup>2</sup> La forma más común de referirse a los nacidos en Cara.

<sup>3</sup> Manera en que se denomina a los oriundos de Cruz.

<sup>4</sup> Cuentan los bardos que existe una capital de los goblins con ese nombre, pero nunca ha sido demostrado.

La joven camina entre los puestos con la cabeza hundida en la capucha. A un paso de la jaula de las avejillas, gorjea una tonada que hace girar el cuello no solo a los canarios. Mueve la cabeza. Un petirrojo educado le devuelve el saludo con su *chip chip*, similar a un ruiseñor. Ella mira al ornitólogo, que permite dejarle un puñado de semillas al pico negro del ave enjaulada.

— *Estáis en peligro. Aquí hay quien se os comería a la parrilla, vuelta y vuelta.*

Los artesanos de las pieles, en la Rambla de los Árboles, le provocan una risa incontenible. Se ajusta con disimulo la capucha y, de reajo, atiende al negocio de los numismáticos y heráldicos, los más usureros de Loma del Río. A zancadas descalzas abre la tierra; su capa levanta polvareda.

— *¡Qué suerte!*

La mirada, velada por sus gafotas de vidrio semitranslúcido, sujetas con tiras de cuero, le dirige a la panadería de panes dulces y salados. Hace esquina con un callejón sin salida. Recapacita delante del horno de piedra caliza y se abstrae. Se estira y alarga en un suave tornado de círculos concéntricos, que dibuja su cuerpo en el aire polvoriento. Empieza a elevarse de puntillas, las yemas de sus dedos levitan girando y girando sobre el eje de sus piernas. La capa desplegada le envuelve: Luna parece un colibrí.

La acción, más circense que mágica, sirvió a nuestra amiga para despistar a los viandantes. Metió en el zurrón la hogaza de pan que había sustraído y cubrió las mandarinas, unas patatas, una coliflor, la bolsita de qáhnoa y un trozo de queso fresco. Levantó la vista y observó.

Un salto, otro salto. Desde una barandilla de hierro forjado, dos personas aterrizan a pocos metros de ella y, al tocar el suelo, una flexión de saltimbanqui les impulsa para salir a toda prisa. Del balcón enrejado a la tremenda carrera de los asaltantes, la chica no tuvo tiempo ni de parpadear cuando el más atlético tiraba con ímpetu del otro. A cuatro pasos de ella, asombroso. El gordito dejó parte del botín que había caído al tocar el suelo. No le importó. A través de su antifaz, arqueó la ceja izquierda y guiñó un ojo a la joven. Luna aceptó el gesto cómplice al doblar los granujas la esquina, perdiéndose entre la multitud.

Reaccionó arrimándose al muro y vio que, entre el brillo de las monedas abandonadas por los ladrones, había un pergamino enrollado. Avanzó con cautela. Sus pies pasaron junto al oro y la plata. Prefirió aquel papel que, entre sus manos, resultó ser una bonita tela.

— *¡Qué suave eres! A ver qué guardas.*

Sus pupilas se dilataron aún más cuando la extendió al vuelo, abriéndola por los extremos con el arco de sus brazos, sin dejarla en tierra. El tiempo se detuvo mientras repasaba con la mirada las marcas hechas a carbón sobre el estampado del paño.

Olvidó qué había venido a hacer a Loma del Río, mientras asimilaba el significado probable en el tejido de los trazos pintados. La ilustración del pergamino le hizo desatender la algarabía en la callejuela, descuidó que debía largarse deprisa con su zurrón y los víveres.

— *¡Al ladrón!*

Desde el balcón de los asaltantes, el rico mercader al que habían robado pedía socorro a las fuerzas del orden y a quien tuviera orejas. Las voces sobresaltaron a la joven y al vecindario, que fue abriendo ventanas y asomándose a los balcones. Luna había soñado con salirse algún día luminoso de la ruta trazada y recorrer, sin capucha, el entramado de calles y callejas. Sentía una curiosidad innata de perderse por el laberinto de Loma del Río.

— *¡Al ladrón, al ladrón!*

La realidad es diferente. El eco de las voces retumbaba en la bocacalle. Carecía de opciones. Enrolló con cariño la cartografía. Debía huir antes de que medio pueblo se congregara para impedir su huida. Y vendría más de una pareja de alguaciles a pedirle explicaciones, que no sabía dar. Ningún tiempo y el espacio del mercado.

— *¡Corre, Luna, corre!*

Villanos y mercaderes atravesaron un carro con gorrinos, tapándole la salida de emergencia por la que acababa de escapar la pareja de ladronzuelos. Entre vítores, los primeros alguaciles llegaron al lugar del incidente. Luna les olió a su espalda. Sabía que los funcionarios del orden se acercaban para apresarla por mangante. Una saqueadora, qué gracia le hacía a la chica.

La adolescente aprieta el cincho de su zurrón, flexiona rodillas y estira brazos. Mueve el cuello, respira cuando los alguaciles se acercan para cerrarle el paso. Se enfunda la capucha y da una voltereta lateral aprovechando la pared del muro. Ahora está detrás de ellos. Corre y corre hasta la Rambla de los Árboles y emprende su ruta a la inversa. Olas de personas echándose encima y ella deslizándose entre piernas y faldas, entre la cola del pescado y sobre los luthieres. Como hubo aprendido de niña, el arco de un violonchelo es tan útil para impulsarse como cualquier pértiga.

Jamás mira atrás. Evita chocar con transeúntes que pasean ensimismados y a contracorriente. Demasiadas personas, mucha gente y cada cual a lo suyo: preguntar, truequear, regatear, negociar.

— *¿Y el pergamino?, ¿dónde está el mapa!?*

Centrada en escapar, considera arriesgado retroceder. Piernas y zancadas, trote de botas, pies y sandalias; y sin embargo nadie repara en una tela enrollada, tirada en mitad del próspero mercado.

Por azar o buena suerte, Bernat estaba allí. Él había visto a su amiga, a la carrera. Entre el gentío, el chaval hizo ver que se ataba los cordones de las alpargatas, cogió la tela y se la escondió en el doble forro de un gabán, que le venía francamente holgado.

Castaño y mulato, media melena, ojos color miel y nariz aguileña. Alto y amable para su edad, Bernat es de los carestres empáticos que puedes contar con los dedos de un pie. Es habitual verle de incógnito y satisfecho en Cruz, regateando en los bazares. Nunca se altera ni enoja.

— *La conservaré para ti hasta volvernos a ver... aquí o en Goblinville.*

Ella ni siquiera se percató de la presencia de su amigo, ocupada en esquivar alguaciles, incautos y espontáneos. Evitando a los quietistas<sup>5</sup> que se le plantan en jarras obstaculizando la huida. Enfrente de la parada de salazones descubrió un cajón con rodamientos, vehículo parecido a los carritos de los mineros de Cruz. Ruedecillas en vez de raíles. Abrió la jaula de los pajaritos y de las aves comestibles, y de un brinco se apretó en el interior del cajón. Impulsado pendiente abajo, acelerándose, Luna hacía lo imposible por mantener la calma.

— *¡Apártense, familia!*

Velocísimo, el transportillo iba elevándose del suelo y sorteando mercaderes y viandantes. La desbandada aves y pajarillos libres le despeja el camino. Nadie va a detenerla. Las parejas de guardias le asaltan al alimón. Vuelan como tordos y aterrizan aturcidas. Y salió de la villa por el arco de los traficantes de ideas<sup>6</sup>, a través de la puerta de los libreros.

A las afueras, a la altura del puente que comunica con la comarca, Luna choca contra uno de los márgenes de piedra. *Crac* seguido de *tracatrac*. Menos mal que se anticipó al percance e hizo dos acciones oportunas: la segunda colocar cabeza y capucha entre las piernas para formar un ovillo curvando su cuerpo, la primera llevarse dos dedos a la boca y despedirse con un silbido entrecortado de sus amigos con alas. Magulladuras en rodillas, rozaduras en codos y hematomas leves en las costillas. Intactas las provisiones.

Un grupo de alguaciles, un suboficial y su escuadra de soldados le persiguen a una distancia discreta. El suboficial es un sargento recién salido de la academia, de armadura broncea y subido a un caballo que relincha por villas y fronteras.

Una bola de terciopelo gastado y corambre cosida, que es la chica cubierta por su capa protectora, cruza el sendero rodando rumbo al río. Una bandada de oscuras cierne el vuelo sobre la testa de los reclutas arqueros e inquieta al equino que, rampante, relincha a los buitres buhoneros

---

<sup>5</sup> Seguidores de la filosofía de no hacer nada como forma de comportamiento civilizado.

que preludian el atardecer anaranjado y lanza a su jinete, con tan mala fortuna que cae a la corriente de agua que fluye bajo el puente.

Luna se incorpora, sonrío. Los alguaciles acuden al rescate del sargento, que emerge de las aguas con un nenúfar en la cabeza. Soldados y alguaciles se miran entre sí, contienen la risa. El río le cubre por la cintura. El sargento sale deslizándose como un ganso y menos calado que colérico. Reviste dificultad el lecho de limo, con algas y bambú, si te das un baño en cota de malla.

Calado hasta el píloro, el energúmeno vocifera a pleno pulmón que vayan lanzando flechas.

— *¡El cabaallo!, ¡traed mi jaaamelgo!*

Un recluta le acerca el animal, ofreciéndole un estribo. El militar levanta el brazo derecho y, al extremo de la mano, su dedo índice señala la nubecilla de polvo que levanta Luna.

— *¡Dos sacos de qíahnoa a quien aprese al fugitivo!*

El bosque templado es ideal. Los árboles despistan y detienen las flechas, las zarzas y matorrales reducen la ventaja del grupo perseguidor. Imprevisible como una ardilla, de roble a pino, nuestra amiga preserva la identidad y su vida. Dar con el túnel de Cruz es la razón sustancial de adentrarse en la floresta. Regresar a casa y alimentar a los suyos, bien vale la aventura.

*Bienvenido a Qíahn, viajero: escoge lado, elige vida.*

## **Feliz Día del Libro 2024**

Javier Ordax

---

<sup>6</sup> En Qíahn, los agentes de artistas (actores, pintores, músicos, escritores, etc).